

Amie L. Thomasson. *Ontology made easy*. Oxford: Oxford University Press, 2015, 345 pp.

Sebastián Briceño Domínguez*

Quine, con la publicación de 'On what there is', determinó en gran medida la forma en que se practica hoy la ontología de raigambre analítica. No sólo restituyó parte de su respetabilidad, sino que también fijó su objetivo y su metodología. El objetivo: responder la que para Quine es la pregunta ontológica: '¿qué existe?'. Y como la respuesta correcta es trivial pero poco informativa—i. e., 'todo'—, contestar la pregunta supone explicitar lo que hay tras ese 'todo', es decir, determinar un dominio de cuantificación irrestricta, un conjunto o lista de objetos. La metodología: tomar nuestra mejor teoría científica, regimentar formalmente sus enunciados y extraer sus compromisos ontológicos siguiendo la siguiente máxima: ser es ser el valor de una variable ligada. Esto nos da la ontología a la cual la teoría nos compromete si es que creemos en su verdad; el resto es 'ideología' o poder expresivo de la teoría. No es raro entonces que buena parte de los debates metafísicos contemporáneos puedan ser etiquetados como neo-quineanos: ¿Hay propiedades? ¿Hay números? ¿Hay sumas mereológicas? ¿Hay objetos ordinarios? Estos son todos debates en torno a si acaso ciertos Fs existen. Sí es raro en cambio que el enfoque mismo dentro del cual se desarrollan estas disputas sea puesto en duda. Aparte de ciertas quejas y rechazos puramente intuitivos e inarticulados en contra de la actividad del metafísico, basados más en prejuicios que en argumentos, y salvo algunas honrosas excepciones (p. ej., Putnam), son extraños los cuestionamientos claramente razonados sobre la legitimidad del marco mismo.

Es mérito de Thomasson hacer una crítica contundente y razonada sobre la corrección del enfoque neo-quineano. Su libro no pretende ofrecer una respuesta a la pregunta ontológica neo-quineana (al menos

* Departamento de Filosofía, Universidad de Concepción. E-mail: josesbriceno@udec.cl

no directamente), sino poner en cuestión la legitimidad o importancia de dicha pregunta. El suyo es un trabajo metaontológico. Su objetivo central es demostrar que ‘el enfoque neo-quineano no es tan inevitable como pareciera ser’ (pp. 3-4). Primero, no es inevitable ‘en un sentido histórico’, pues miradas las cosas bajo una perspectiva cronológica más amplia, el enfoque neo-quineano es casi una excepción o una novedad. En los siglos de filosofía que han precedido a Quine, otras tareas y otros métodos se le han asignado a la filosofía en general y a la ontología en particular. Segundo, no es inevitable ‘en un sentido filosófico’, pues existe para Thomasson una alternativa viable y preferible para el tratamiento de preguntas cuantificacionales, cuyas raíces se remontarían a Carnap: el enfoque ontológico ‘fácil’.

Que el enfoque neo-quineano con respecto a la filosofía en general y a la ontología en particular no es inevitable en un sentido histórico es algo que debería ser evidente para cualquiera que conozca algo de la evolución histórica de estas actividades. Aunque Thomasson destina sólo una parte menor de su libro a demostrar este primer punto, sus ejemplos resultan iluminadores: las concepciones de la filosofía de Brentano, Husserl, Wittgenstein, Ryle y Carnap iban en una dirección muy distinta a la que le imprimió Quine después de haber (supuestamente) derrotado a Carnap. Para esos filósofos, en abierto contraste con Quine, la naturaleza de la filosofía es claramente distinta a la de la ciencia. Para ellos, la filosofía no ha de preocuparse sobre cuestiones de hecho sino de cuestiones conceptuales. Su método propio no es la investigación empírica sino el análisis conceptual. Las verdades que le preocupan no son las verdades contingentes y a posteriori sino aquellas necesarias y a priori. En fin, la filosofía no tiene por meta decir lo que es verdadero o lo que es el caso, sino separar el sentido del sinsentido.

El segundo objetivo de Thomasson, la defensa del enfoque ontológico ‘fácil’, constituye el corazón de su libro. Luego de dar por asumida la plausibilidad de la distinción uso/mención y la distinción analítico/sintético (pp. 52-53)—algo que ella y otros antes de ella ya han hecho de manera solvente, particularmente porque la aversión de Quine hacia esta última distinción parece descansar sobre un conductismo que nadie hoy estimaría plausible—, Thomasson da por despejado el camino para rescatar el deflacionismo metafísico que alguna vez defendió Carnap. ¿En qué consiste este deflacionismo en que se funda la ontología ‘fácil’ de Thomasson? Según la interpretación ofrecida por Thomasson, las preguntas del tipo ‘existen Fs?’ tienen respuestas positivas y triviales que no demandan ningún tipo de gimnasia metafísica. Toda pregunta

cuantificacional formulada *usando* el término 'F' puede ser respondida de manera positiva y trivial, pues las reglas de uso del término 'F' nos permitirían inferir la existencia de (al menos una) F a partir de verdades no controvertidas haciendo uso de nuestras habilidades conceptuales o haciendo uso de nuestras habilidades empíricas (donde el terreno de lo conceptual sería de propiedad del filósofo y el de lo empírico del científico). Entonces, si en la pregunta cuantificacional se *usa* el término 'F', la pregunta es *interna* a un esquema conceptual o lenguaje en el sentido de Carnap, y puede ser respondida fácilmente. Ahora, si lo que se hace en la pregunta es *mencionar* el término 'F', entonces la pregunta es *externa* a dicho esquema conceptual o lenguaje en el sentido de Carnap, y sólo cabe interpretarla (caritativamente) como la sugerencia para la introducción de un nuevo uso del término 'F', sugerencia que debe ser decidida apelando a consideraciones puramente pragmáticas. Por tanto, si el eliminativista de Fs (donde Fs pueden ser propiedades, proposiciones, números, objetos ordinarios, sumas mereológicas) está *usando* el término 'F' cuando dice 'no hay Fs', entonces lo que dice es simplemente falso, *literalmente* falso. Y el realista sencillo y directo cuando, haciendo *uso* del término 'F', dice 'hay Fs', entonces está diciendo la verdad, *literalmente* la verdad. El enfoque permite inferir compromisos existenciales mediante transformaciones analíticas triviales hechas a partir de verdades no controvertidas. Ejemplos: (i) Si aceptamos que es verdad que hay un número primo mayor que 2, entonces podemos inferir que es verdad que hay números. (ii) Si Conan Doyle creó a Sherlock Holmes, entonces existen objetos ficticios. (iii) Si Pedro nació un día Martes, entonces hay eventos. La estructura general del argumento es simple: se parte de un enunciado cuya verdad no está en cuestión (p. ej., la nieve es blanca); luego, a partir de una verdad conceptual (p. ej., si *p*, entonces *que p* es verdad), se deriva otro enunciado (p. ej., *que la nieve es blanca* es verdad); para, finalmente, inferir un compromiso ontológico (p. ej., hay una proposición).

Las principales consecuencias del enfoque 'fácil' son dos: (i) un realismo simple y directo y (ii) un deflacionismo metaontológico (pp. 145-160). Si al decir 'hay Fs' uno está *usando* el término 'F', entonces se pueden inferir compromisos existenciales *desde ya*, a partir de las condiciones de aplicación que tiene asociadas el concepto F. Y los compromisos existenciales a los que esas inferencias triviales nos conducen no son 'menos serios' o de una categoría 'inferior' que nuestros compromisos con respecto a la existencia de Fs. El realismo simple y directo al que nos conduce el enfoque 'fácil' de Thomasson difiere así de aquellos enfoques

críticos que creen que las disputas ontológicas son meramente verbales o que descansan sobre un distinto uso del cuantificador existencial (p. ej., Putnam y Hirsch). Tampoco es una ontología deflacionaria al modo postulado por otros neo-carnapianos que, al añadir un operador ficcional a todo enunciado cuantificacional, parecen trivializar el concepto de ficción y colapsar el contraste entre ficción y no-ficción al punto de privarlos de sentido (p. ej., Yablo). Por el contrario, el enfoque ‘fácil’ de Thomasson tiene por consecuencia una ontología altamente *permissiva*, pues una ontología profusa es la única que puede hacer sentido del lenguaje propio de un realismo simple y directo. Frente a las preguntas: ‘¿hay mesas?’, ‘¿hay números?’, ‘¿hay propiedades?’, la respuesta de Thomasson no es ‘depende de qué entendamos por “existe”’, ni ‘sí-pero-no-en-serio’. Su respuesta es derechamente ‘sí’. Pero claro, eso no significa que este ‘sí’ requiera de gimnasia metafísica. Se trata de un ‘sí’ al cual está comprometido cualquiera que diga estar frente a cierto material físico con forma y función de mesa, o cualquiera que crea que $2+2$ es igual a 4, o cualquiera que diga que es verdad que la nieve es blanca. Y he aquí la razón de la segunda consecuencia del enfoque ‘fácil’. Llegamos a un deflacionismo *metaontológico* porque hemos abrazado un enfoque *ontológico* altamente permisivo que nos ha permitido restarle seriedad y mirar con algo de desdén a las preguntas cuantificacionales. Las preguntas del tipo ‘¿hay Fs?’ merecen ser respondidas positivamente, pero no hay nada misterioso en ellas; en uso de nuestras habilidades conceptuales y empíricas, que hay Fs sería un asunto trivial.

El despliegue argumental de Thomasson es detallado y persuasivo, y ciertamente su forma de deflacionismo metaontológico aventaja a los ataques en contra de la ontología neo-quineana hechos desde el anti-realismo, el relativismo conceptual o el ficcionalismo masivo. Pero subsisten, a mi juicio, al menos dos dudas fundamentales: una interna al enfoque ‘fácil’; otra externa. La duda interna es que parecen haber preguntas cuantificacionales que no admiten la respuesta trivial que propone Thomasson, sea porque carecemos de verdades no controvertidas a partir de las cuales podamos inferir trivialmente una respuesta, sea porque la respuesta no es empíricamente verificable. Y dichas preguntas no formarían una parcela menor dentro de lo que tradicionalmente se ha entendido como campo de la ontología. Algunos ejemplos: ¿Existen seres necesarios? ¿Existe la consciencia? ¿Existe el libre albedrío? ¿Existen *possibilia*? Salvo que incurramos en un implausible verificacionismo extremo, o de vuelta en las tensiones internas entre fenómeno y cosa-en-sí de las distintas variantes de kantismo, dichas preguntas parecen

tener perfecto sentido, pues son formuladas haciendo uso de términos cuyas condiciones de aplicación no están puestas en duda, aunque responderlas, esto es, determinar si acaso dichos conceptos se aplican o no a ciertos objetos, es algo que parece trascender nuestras habilidades conceptuales triviales o medios de verificación empírica. ¿Se trata de cuestiones ‘externas’ o ‘internas’, en el sentido de Carnap (à la Thomasson)? Ni lo uno ni lo otro. Sucede que es lógicamente posible que simultáneamente: (i) un concepto se esté usando (y no mencionando) en tanto existe acuerdo generalizado sobre sus condiciones de aplicación, (ii) haya desacuerdo sobre si acaso efectivamente existe algo que satisfice esas condiciones, y (iii) la respuesta a la cuestión trascienda nuestros medios de verificación empírica y nuestras capacidades para realizar transformaciones analíticas/conceptuales triviales.

La segunda cuestión es externa al enfoque de Thomasson. Thomasson hace un ataque que, para quienes tienen algo de conciencia histórica, no hace más que reivindicar algo obvio. La mayor parte de las preguntas que han obsesionado a la ontología no son cuantificacionales. Algunos, como Schaffer, creen que la pregunta de la ontología es qué es fundamental o qué funda qué. Otros, como Fine, creen que la pregunta es qué existe *realmente* (apelando a un concepto de realidad que se asume como primitivo). Todavía otros, entre los que me cuento, creen que la pregunta central de la ontología (aunque no excluyente de cuestiones cuantificacionales o relativas a fundamentalidad) es la pregunta por lo que algo *es* (últimamente, realmente), esto es, la pregunta por la naturaleza o definición real de ese algo (p. ej., si mental o material, si simple o complejo, si subjetivo u objetivo, si ficticio o no-ficticio, etc.). Así, por ejemplo, el debate en torno a propiedades no parece tanto ser en torno a su existencia sino a qué son en último término, a cuál es su naturaleza última. ¿Son formas abstractas objetivas, o proyecciones subjetivas de la mente del hablante, o conjuntos de particulares? Otro ejemplo: Berkeley no ponía en duda la existencia de piedras y mesas; lo que él sí ponía en duda era que fuesen objetos materiales y no colecciones de ideas. Thomasson reconoce estas otras dimensiones de la ontología (pp. 2, 325ss.), y es clara en excluirlas de su ataque. Pero esto hace surgir la pregunta: si no todas las preguntas de la ontología son cuantificacionales, y si además, como dije antes, hay preguntas cuantificacionales que no admiten respuesta fácil, ¿de qué magnitud es el terreno que Thomasson puede declarar justificadamente como ganado por su enfoque ‘fácil’? Lamentablemente, Thomasson parece estar combatiendo una dimensión de la ontología que es más pequeña de lo que suele creerse. Y no sólo eso.

Lo que Thomasson parece perder de vista es que la pregunta por lo que algo es, la búsqueda de definiciones reales, parece siempre haber tenido prioridad metodológica, incluso por sobre la pregunta cuantificacional o la pregunta por lo fundamental, pues tanto la una como la otra presuponen que los candidatos, sea a lo existente o a lo fundamental, poseen desde ya condiciones de identidad respetables o prístinas que los hagan admisibles. En efecto, el mismo Quine, antes de seguir la máxima 'ser es ser el valor de una variable ligada', siguió otra: 'no hay entidad sin identidad'. Fue la aplicación de esta última máxima lo que lo llevó a condenar posibilidades y contradicciones fuera de las fronteras de su paisaje desértico. Sólo entonces cuantificó. Lo mismo vale para la pregunta por lo fundamental de Schaffer, pues ¿cómo podemos decir que x es fundamental, o que y es dependiente de x , sin antes dar las condiciones de identidad de x e y ?

En definitiva, me parece que lo más interesante del libro de Thomasson es la parte de la metafísica sobre la cual arroja luz por omisión. Al demostrar la irrelevancia de ciertas preguntas ontológicas, vuelca nuestra atención sobre aquello que ha estado eclipsado e irresuelto después del asalto de Quine. Entonces queda pendiente determinar (i) si otras preguntas cuantificacionales, distintas a las preferidas por Thomasson como objeto de ataque, admiten ser respondidas en forma positiva y fácil, y (ii) si acaso otras preguntas no-cuantificacionales son susceptibles de ser desactivadas mediante un tratamiento análogo al del enfoque 'fácil', donde el rol del filósofo se limite a hacer inferencias analíticas triviales. Mi apuesta es que no a ambas cuestiones. Con respecto a las primeras, temo que ellas pueden ser respondidas tanto en forma positiva como negativa, pero, como ya insinué, en ningún caso la respuesta será trivial. Con respecto a las segundas, aunque el análisis conceptual será siempre una herramienta central para la búsqueda de respuestas, ese análisis o bien estará apuntando a trascender lo conceptual o bien terminará en lo conceptual, y en ambos casos tendrá consecuencias ontológicas que no pueden calificarse como triviales. Pues se me ocurre que se tratará o bien de investigaciones destinadas a establecer la verdad de ciertos enunciados no susceptibles de ser inferidos a partir de otras verdades ni susceptibles de verificación empírica; o bien de investigaciones de naturaleza conceptual que, terminando en lo conceptual, le negarán credenciales ontológicas a todo aquello que trascienda la esfera de lo conceptual, pues el despliegue de lo conceptual será simplemente idéntico al despliegue de lo real (p. ej., Hegel). Puede haber más escenarios, pero ninguno pareciera ser ontología 'fácil'.